



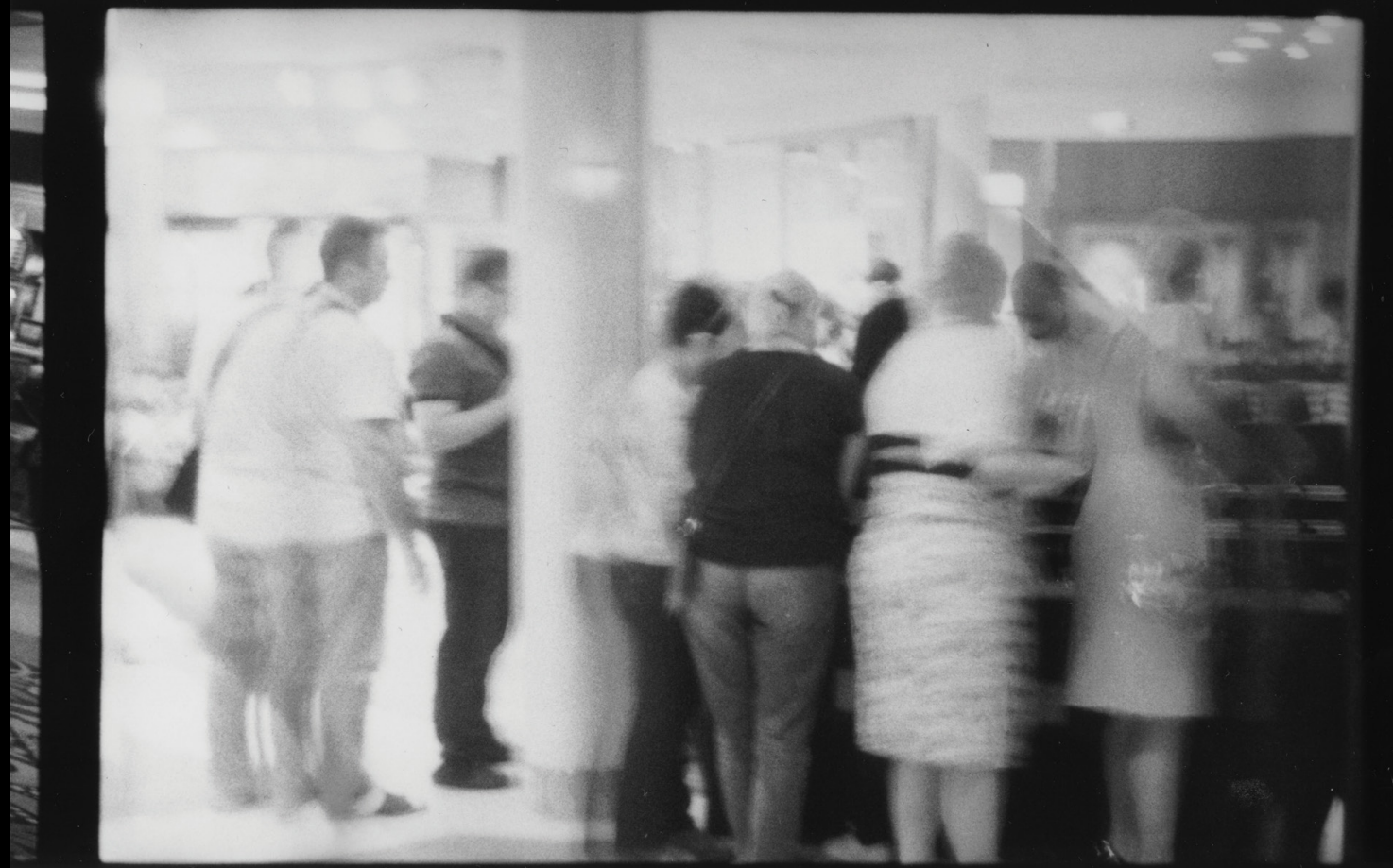
G A L E R A S



A finales del verano de 2017 pasé una semana trabajando a bordo de un crucero de gama alta. Mi función, establecida desde un mes antes de la partida, era ejercer como técnico de streaming audiovisual entre dos barcos gemelos. Sin embargo, esa función empezó a disolverse pocas horas antes de zarpar: durante una semana de vigilia casi absoluta, tuve mi propia experiencia laboral de galeras versión Siglo XXI. Nada de lo que enorgullecerse de cara a un CV, ni en un historial sanitario.

Lo que pude sacar de aquello fueron algunos paseos por una versión de Mikonos invadida por los viajeros de a bordo mientras unos altavoces masivos rompían los sonidos propios de la isla, mi llegada a la Acrópolis en un estado de fatiga mental inigualable para las posibles experiencias místicas de un licenciado en Filosofía que pisa suelo ateniense por primera vez, y algunos carretes disparados entre carga, descarga, discusión, clavos, maderas, pasillos laberínticos, lesiones graves de los compañeros, tareas imposibles y ojeras.













Los pasajeros (invitados a los cruceros para celebrar un importante aniversario por parte de la gran empresa con funcionamiento piramidal de la que formaban parte) pasaban la mayor parte del tiempo a bordo en actividades deportivas: bien en el gimnasio, bien en cubierta (reuniones a las 6:30 am para correr 10 km en la superficie del barco y posteriormente tomar bebidas energéticas de marca X, o atender a una clase de "nada yoga" amplificada por unos altavoces gigantes).

Cuando no se veían obligados al desgaste físico, atendían a las presentaciones de productos de la propia empresa y, en sus ratos libres, disfrutaban de las piscinas, tiendas e instalaciones de ocio del barco.









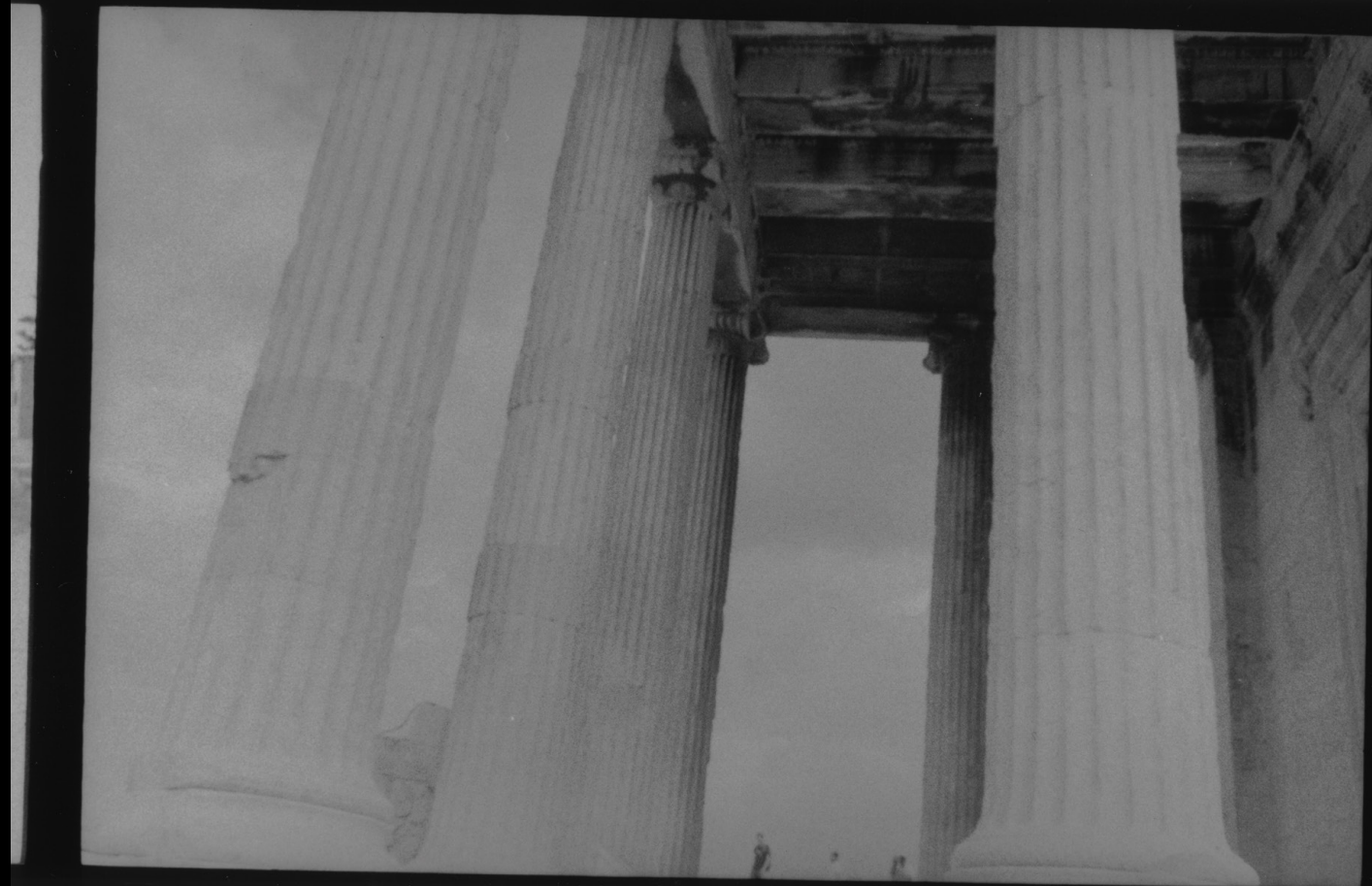


Mi visita a Atenas duró una hora, de la cual veinte minutos los pasé en un taxi intentando llegar a la Acrópolis lo más rápido posible junto a otros dos compañeros con los que me escapé del barco en un momento en el que nuestro supervisor, habiendo atracado los barcos en el Pireo, se fue a comprobar algo a la otra punta del crucero. Después de varios días durmiendo una o dos horas irregularmente por cumplir con trabajos que no debía estar haciendo, me daba todo igual. Dejamos el comunicador en abierto pero nos alejamos del rango nada más salir del barco.

Cuando llegamos a la Acrópolis yo no podía estar en un estado más extraño, especial pero desquiciado, con dos cámaras colgando, herramientas en los bolsillos y un hormigueo preternatural en cada contacto de mis manos con las rocas de la antigua ciudad griega. Caminamos por todo el recorrido posible alrededor del Partenón y cuando llegamos al Erecteón, me quedé embobado contemplando las cariátides, las nubes en el cielo azul y bien abajo, la ciudad de Atenas. En aquel momento, fue como entrar precipitadamente en todos los diálogos de Platón a la vez y encontrar el Olimpo desplazado de su monte a aquellas nubes, con sus edificios divinos.

La irrealidad se quebró con una llamada al móvil de uno de mis compañeros, una voz rabiosa preguntando dónde nos habíamos metido; más nos valía estar de vuelta en poco tiempo. El hechizo se deshizo muy rápido, casi rodamos escaleras abajo y en diez minutos estábamos en el barco.











Navegando por el mar Mediterráneo, ya en noche cerrada, la cubierta quedó anegada al pasar por una zona de tormenta. Según dejábamos la tormenta más y más atrás, cada instante en el que despertaban los relámpagos se vislumbraba iluminado el parche de lluvia que cubría una franja del horizonte sobre un mar negro, cubierto por las nubes y, encima de ellas, los recorridos eléctricos de pura luz.

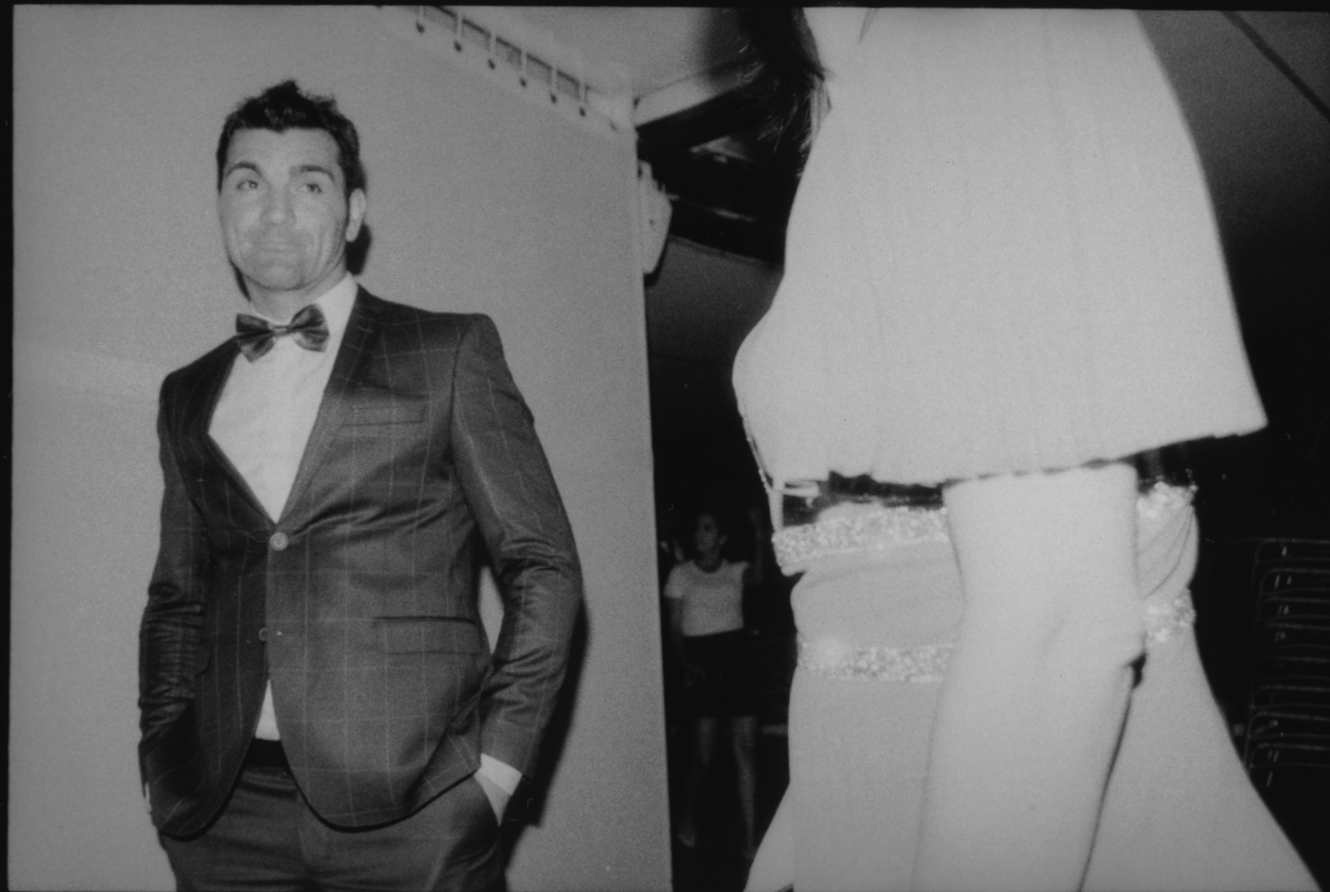
Nunca había visto una tormenta contenida y localizada, ahogada por la negrura e inmensidad del mar.













LUIS HIDALGO, 2019

